

## EL EMPERADOR ANDA DESNUDO

Reagan ha escogido presentarse como ajeno al escándalo Irán-contras: nunca hizo preguntas, desconocía que O. North y no la CIA hacía los contactos con Irán, nunca leyó el estudio preliminar para comenzar las ventas directas de armas y si supuso que North estaba ayudando a "los contras," nunca supo que era con las ganancias de Irán.

Reagan se ha presentado como un presidente sin liderazgo. Ha aparecido como un presidente voluntariamente ignorante de lo que hacían sus ayudantes, absolutamente desinteresado sobre las claras contradicciones entre sus políticas públicas y privadas, dependiente de un modo excesivamente complaciente de sus consejeros, quienes nunca le presentaron un análisis sistemático de las metas, los medios y las alternativas; él tampoco preguntó. Esta es la realidad presidencial que sale del informe de la llamada comisión Tower sobre el escándalo Irán-contras. Y al final, Reagan ha aparecido como un presidente incapaz de recordar cuándo, cómo o incluso si había tomado la decisión determinante que dio comienzo a la venta de armas a Irán.

Este es el presidente que los norteamericanos han elegido dos veces y lo peor es que ninguna de estas cosas era nueva. Reagan siempre ha prestado poca atención a los detalles y carece de interés en las ideas nuevas con las cuales no se encuentra familiarizado. El Reagan que reconoció a la comisión Tower que no había sido aconsejado en ningún momento sobre la implementación del plan para vender armas a Irán, es el mismo que consistentemente ha confundido los nombres y las cifras en las campañas y conferencias de prensa durante años. El presidente que no entendió que el

intercambio de armas por rehenes iba en contra directamente de las políticas de su gobierno sobre el terrorismo, es el mismo Reagan que nunca ha admitido que sus programas de impuestos y gastos estaban destinados a traducirse irremediablemente en presupuestos deficitarios de grandes proporciones. El presidente que no intentó controlar las actividades de North y Poindexter y del resto de su personal es el mismo que ha permitido que las disputas entre el Pentágono y el Departamento de Estado hayan paralizado la política del control de armas durante 6 años.

Reagan odia la confrontación hasta el punto que en las reuniones no toma decisiones si no hay unanimidad. Para evitar la confrontación, trata de rodearse de ayudantes y asesores que no desafían sus ideas ni se las discuten. Los disidentes han sido retirados del gobierno. Si hay desacuerdo entre sus colaboradores, Reagan espera y manifiesta su opinión en privado. Esto pasó, según McFarlane, en agosto de 1985 al permitir a Israel vender las primeras armas a Irán. Como no hubo acuerdo entre sus ayudantes no dijo nada hasta después, en privado. Entonces dijo a McFarlane que debían permitir la venta de armas. Este modo de proceder le ha facilitado el decir ahora que no hubo decisión alguna al respecto y así resulta también fácil al presidente olvidar lo que hizo. El jefe de la Casa Blanca, D. Reagan insiste en que el presidente no aprobó el envío por adelantado en 1985. El presidente, en cambio, primero dijo que lo había aprobado. Luego explicó que después de reunirse con sus asesores recordó que no lo había aprobado y, finalmente, en una carta a la comisión Tower, aclaró que se había dejado influir por los recuerdos de otros, pero que la pura verdad

era que no se acordaba de nada. Si el presidente de Estados Unidos no puede recordar cuándo decidió vender las armas a Irán a cambio de rehenes norteamericanos, ¿qué podrá recordar entonces? Porque la comisión Tower está clara que desde el principio la venta de las armas se planteó como un intercambio por los rehenes. Pareciera que Reagan se convenció de que trataba no con terroristas, sino con quienes controlaban a los terroristas y, por lo tanto, no estaba vendiendo armas por rehenes.

Esta forma tan peculiar de tomar decisiones produjo el fiasco de Reykjavik, donde Gorbachov salió triunfante frente a la incapacidad norteamericana de tratar en serio la política exterior y el armamentismo. Ahora, en el caso de Irán-contras, la propaganda oficial no ha podido ocultar las inmensas lagunas del presidente, tal como lo hizo después del último encuentro con Gorbachov.

El informe de la comisión Tower muestra lo difícil que es aconsejar a un hombre que ni pone atención a los detalles ni muestra paciencia alguna con el trabajo de una burocracia propiamente llevada. El informe es devastador para Reagan. Lo único bueno que tiene es que sus miembros creen que el presidente quiere que se cuente la verdad y que él no ha desorientado intencionalmente a la nación. Por lo demás, emerge como un líder descuidado, remoto, desconsiderado, demasiado indiferente para supervisar las temerarias fanfarronadas de sus ayudantes. Su política iraní fue encontrada tonta y contraproducente y fue llevada a cabo de forma no profesional y quizás hasta ilegal. El presidente fue aconsejado pobremente y pobremente servido. Reagan mismo no comprendió lo que estaba pasando, se dejó llevar por las emociones, nunca ordenó una revisión crítica y permitió a sus ayudantes manipularlo y hacer su propia política exterior mintiendo, desviando los beneficios de la venta de armas y tratando de ocultar el escándalo. La política exterior ha sido conducida informalmente y eso mismo llevó al caos y ahora al desconocimiento. Rara vez hubo discusiones formales entre los ayudantes del presidente. Se guardaron muy pocos expedientes, un gran riesgo con un presidente tan olvidadizo.

La comisión Tower ha calificado este estilo de gobernar como el estilo Reagan, pero otros lo llaman pereza mental. Una deficiencia que fue superada por buenos ayudantes en el primer período, pero que en este último se ha sumado a la deficiencia de sus ayudantes. El público norteamericano no se ha querido dar cuenta de ello. El escándalo actual lo ha obligado por primera vez a

enfrentar la realidad de su pobre presidente. Su popularidad ha alcanzado su punto más bajo y un 30 por ciento considera que debería pensar en renunciar. Un diario alemán lo formuló de la siguiente forma, "América se está dando cuenta de que el emperador está completamente desnudo."

Y seguirá andando desnudo. Pese a todo, Reagan sigue convencido de que no estaba equivocado; al final ha tenido que confesar que cometió errores; pero lo ha hecho para complacer a la opinión pública y para recuperar su imagen, que parece ser lo más importante en la política norteamericana. Tras aceptar sus responsabilidades en la operación con Irán, Reagan se ha centrado en las medidas para mejorar su gestión presidencial. En el discurso respuesta a la comisión Tower, un discurso de apenas 14 minutos impecablemente leído, arteramente evitó los escollos de la operación. Lamentó el precio que tuvo que pagar en credibilidad por su "silencio" sobre Irán, omitiendo toda alusión a la larga cadena de contradictorias tergiversaciones que hizo en los últimos 3 meses. Dijo que North y sus colegas habían actuado solos, aunque el informe de la comisión registra que North había informado lo que estaba haciendo y pidió que Reagan fuera informado de muchas de sus actividades. Pero Reagan en su discurso presentó sus pecados como defectos de virtud, había confiado demasiado en sus ayudantes y permitió que su compasión por los rehenes norteamericanos afectara su juicio estratégico.

Hasta ahora, el presidente ha hecho bien poco para aclarar completamente lo sucedido. Su discurso no dio respuesta a las cuestiones principales planteadas por el informe de la comisión: qué pasó con el dinero, qué sabía de la red secreta para abastecer a "los contras" y del desvío de fondos de las ventas de las armas a los iraníes. Todo parece indicar, sin embargo, que el presidente sabía más de lo que dice.

Reagan no ha cambiado ni parece que tenga edad para hacerlo. Cuando es bien preparado y entrenado, por ejemplo, cuando va a recibir a un jefe de Estado, aparece como un gobernante excelente y bien informado, y cuando no lo es, pasa lo de Reykjavik. Reagan tendría que cambiar los hábitos de toda su vida, cosa difícil a los 76 años. La selección de su nuevo jefe de gabinete muestra que pese a lo que dice en público no está dispuesto a cambiar. Al hacer la elección no sopesó pros ni contras. Una vez más aceptó pasivamente las recomendaciones de algunos de sus consejeros.

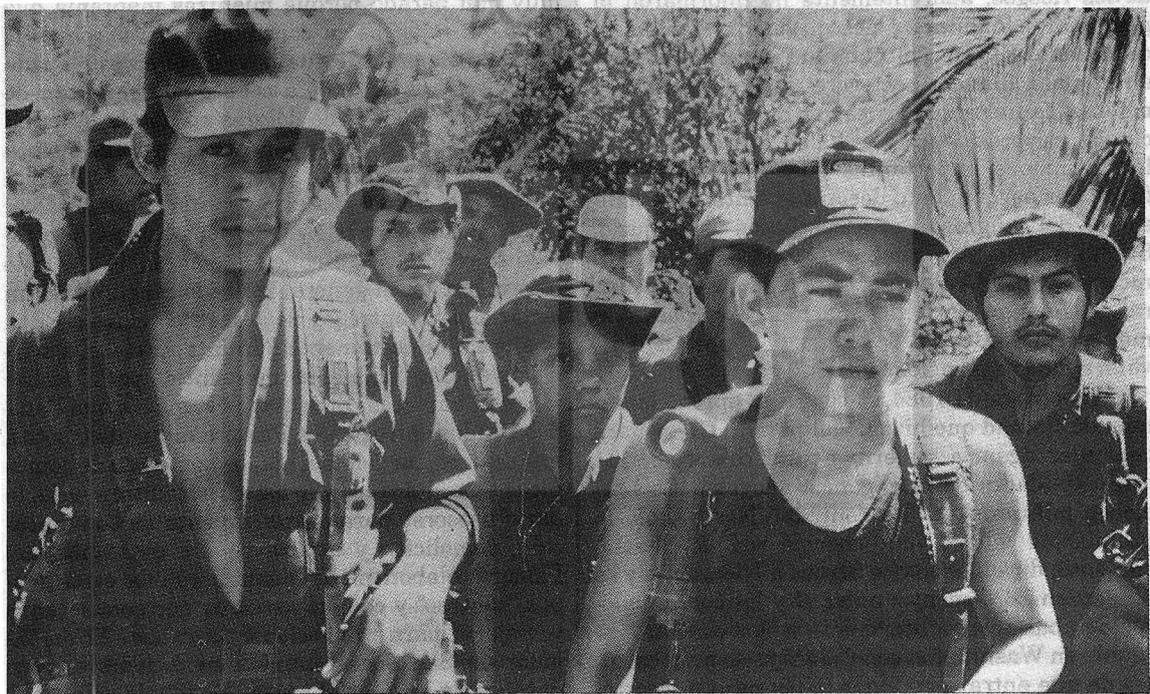
La responsabilidad de este desastre ha caído sobre los ayudantes presidenciales. Unos subal-

ternos que al igual que su jefe ven el mundo en términos de nosotros y ellos; siendo ellos cualquier clase de comunista. Hasta ahora las mayores responsabilidades se han hecho caer sobre Oliver North, quien trabajó con un militar retirado, Secord. Ambos concibieron, organizaron y manejaron un esquema sorprendentemente complejo que iba más allá del escándalo Irán-contras. Crearon una red de cuentas bancarias suizas, corporaciones fantasmas y equipos para operaciones encubiertas que gastaron decenas de millones de dólares, entregaron cientos de miles de toneladas de armas a "los contras" y dejaron una red de sombrías transacciones que quizás no se aclaren nunca. Negociaron detrás de la Cortina de Hierro, en el Próximo Oriente, en Centroamérica y en Europa, condujeron su propia diplomacia y empujaron al gobierno de Estados Unidos a acciones que minaron sus políticas y credibilidad. Ellos eran, en efecto, su propia CIA.

North y Secord comenzaron a trabajar juntos hace 35 años, cuando la CIA conspiró contra Castro y durante su guerra secreta en Laos. Desde entonces North ha confiado en las intrigas de agentes cuya buena fe era cuestionable. Trabajaron con él un ex-agente de la CIA conocido por muje-

riego y sus negocios turbios, un exilado cubano irresponsable con el uso de armas de fuego y un misterioso norteamericano-iraní hábil para esconder dinero. Secord por su parte arruinó su carrera militar en la fuerza aérea por sospechas de haber tenido intereses no declarados en una compañía multada por sobrefacturar contratos del Pentágono. En el caso Irán-contras la línea de colaboradores parece llevar a otros que mezclaban patriotismo con el deseo de obtener ganancias desproporcionadas. Así, por ejemplo, aparece involucrado un funcionario renegado de la CIA, quien amasó una fortuna después de haber sido expulsado de la agencia, entre otras cosas, vendiendo municiones y dando asesoría militar a Kaddafi. Esta parte del escándalo está aún pendiente, pues se desconoce a dónde ha ido a dar el dinero de las ventas entregas de armas a Irán.

A North no le preocupaban las sutilezas diplomáticas. A sus contactos iraníes les contó que Reagan deseaba derrocar al presidente de Irak, una afirmación explosiva para la supuesta neutralidad norteamericana en el conflicto. Prometió proporcionar inteligencia militar a Irán y que Washington discutiría la liberación de terroristas pro-Irán detenidos en Kuwait. En mayo de 1986,



North dijo a Poindexter, el asesor de seguridad nacional, que "los contras" estaban lanzando una ofensiva con el objetivo de capturar una ciudad importante a la cual declararían territorio liberado de los sandinistas. Sugirió que Estados Unidos ayudara en el intento e insinuó que se reconociera política y diplomáticamente el territorio. Elliott Abrams, asistente del secretario de Estado para asuntos interamericanos, admitió haber apoyado a North un tiempo, pero reconoció a la comisión Tower que la idea de North no era plausible. Más aún, North quiso evitar que el presidente de Costa Rica denunciara una pista secreta para abastecer a "los contras" desde el norte de ese país. North, después de consultar con el Departamento de Estado, a E. Abrams y al embajador en San José, amenazó al presidente Arias con no darle 80 millones de dólares si cerraba la pista. Costa Rica cerró la pista y recibió la ayuda. El presidente Arias ha negado el incidente así como el presidente Duarte negó el uso que se estaba haciendo de la pista de Ilopango. Obviamente, ninguno de los dos estaba en "la torre de control."

El consejero de seguridad nacional, J. Poindexter, falló gravemente en su deber hacia el presidente, tal como lo hizo el entonces director de la CIA, quienes sabiendo lo que estaba pasando y de los riesgos, aparentemente no informaron al presidente. Poindexter desconcertó al secretario de Estado. El jefe del gabinete permitió el caos en la Casa Blanca. Los secretarios de Estado y defensa cautelosamente se retiraron de la debacle. El vicepresidente que había estado en todas las reuniones importantes guardó silencio. Los funcionarios que han declarado ante las comisiones del congreso son sospechosos de perjuicio. Shultz mismo hizo cambiar el testimonio del director de la CIA porque estaba lleno de mentiras. Y Reagan permitió que todo esto pasara y más, porque la venta de armas por rehenes derivó en ayuda ilegal a "los contras."

En octubre de 1984, el congreso aprobó la enmienda Boland que hizo ilegal para la CIA y para cualquier agencia gubernamental comprometida con actividades de inteligencia apoyar las operaciones militares de "los contras." North violó la prohibición y creó una enorme red de abastecimiento; dirigió 9 envíos aéreos a Nicaragua y se conservan 36 mensajes entre él y los coordinadores de abastecer militarmente a "los contras;" se reunió en Washington con Calero justo un mes antes de que entrara en vigor la ley para revisar el plan para destruir los helicópteros soviéticos adquiridos por Nicaragua; en febrero de 1985 pidió

a McFarlane ayudar a Calero a conseguir información sobre un barco mercante que llevaba armas desde Corea del Norte a Nicaragua con el propósito de apropiarse de él o de hundirlo; Poindexter aprobó, pero el plan fue abandonado cuando un tercer país no quiso cooperar; North siguió de cerca los fondos recogidos por el mayor general retirado J. Singlaub, quien consiguió dinero en Corea del Sur y Taiwán.

Cuando McFarlane aseguró a un comité del congreso que no había relación oficial ni no oficial de ningún miembro del Consejo Nacional de Seguridad con el dinero recogido para "los contras," North informó a Poindexter que un avión originalmente destinado a llevar armas a "los contras" había sido desviado hacia Irán con el mismo propósito. Cuando el congreso estaba listo para reasumir el financiamiento de "los contras," en octubre de 1986, North propuso a la CIA comprar los bienes del Proyecto Democracia que había estado ayudando a "los contras" por 4.5 millones de dólares: 6 aviones, bodegas, barcos, botes, casas y una pista de 6,520 pies en el norte de Costa Rica.

Otro funcionario importante implicado es Elliott Abrams, quien también ha sido víctima del fanatismo ideológico, pues no tolera críticas ni puntos de vista diferentes. Abrams ha quedado muy mal parado porque mientras mantenía que no sabía nada de la conexión con Teherán, fue mencionado en los esfuerzos por conseguir ayuda a "los contras." Ayudó a conseguir del sultán de Brunei 10 millones de dólares en ayuda humanitaria, los cuales fueron depositados en una cuenta suiza que no ha dejado rastro. Su testimonio en el senado ha dejado mala impresión porque al ser interrogado sobre la ayuda a "los contras" no reveló su contacto en Brunei. En marzo de 1986 fue informado por el general retirado Singlaub de un acuerdo para entregar ilegalmente armas a Edén Pastora. Supuestamente Abrams aprobó el acuerdo cuyo texto original le fue remitido por el embajador en San José. El acuerdo establecía que Estados Unidos entregaría a Pastora alimentos, botas, municiones, medicinas, mapas, sistemas de comunicación codificados y lo asistiría militarmente, le daría asesores para entrenamiento en comunicación, demolición y explosivos. En contrapartida, Pastora colaboraría de buena fe con los otros grupos "contras" y con los asesores norteamericanos y viajaría para promocionar la causa. El embajador en San José renunció en diciembre, poco después de estallar el escándalo y bajo sospechas de haber colaborado con North en el aprovisionamiento de los rebeldes. El tratado fracasó porque

Pastora se retiró de la lucha.

Vinculado a la ayuda a "los contras" ha aparecido el tráfico de drogas. Un designado del comité de relaciones exteriores del senado confirmó que "los contras" han estado comprometidos en el narcotráfico desde el sur de la Florida. Se cree que la misma compleja red de ayuda a "los contras," dirigida desde la Casa Blanca y la CIA, estaba implicada en este tráfico. Hay testigos del tráfico y de la complicidad de los agentes de la CIA y de otros funcionarios gubernamentales.

Al menos 6 grupos distintos enviaron armas desde Estados Unidos a Costa Rica, El Salvador y Honduras y regresaron con drogas. Esta presunta red de cambio de armas por drogas habría sido organizada en 1983, poco antes de que el congreso prohibiera la ayuda militar directa o indirecta a "los contras." Según declaraciones de algunos de los tripulantes de los aviones, los vuelos de Estados Unidos a Costa Rica aterrizaban en la finca de un norteamericano vinculado a la CIA, ahí recogían cocaína y marihuana empaquetada en porciones de 50 kilos. El presunto intercambio de armas por drogas se hizo también desde Honduras y en la base militar de Ilopango.

Respecto del caso de Irán quedará aún por establecer qué leyes sobre la exportación de armas y

de seguridad nacional fueron violadas al no haber una orden escrita del presidente cuando se hizo el primer envío desde Israel. La conexión con "los contras" apenas se ha investigado. Según los legisladores norteamericanos se debe investigar si se ha violado la enmienda Boland y las otras limitaciones impuestas por el congreso en 1985 y 1986 a la ayuda a "los contras." Falta averiguar dónde están los 23 millones de dólares disponibles de los beneficios de la venta de las armas, si es que no fue más; los 10 millones de dólares que dio el sultán de Brunei a petición del Departamento de Estado y los 30 millones de dólares que dio el rey de Arabia Saudita con el mismo propósito a petición de North. Todo ese dinero ha desaparecido sin dejar rastro alguno.

A los norteamericanos les preocupa más la formalidad de las leyes, pero hasta ahora no parece interesarles la moralidad de las acciones de su presidente y sus subalternos. Todos parecen dar por supuesto que las armas entregadas a "los contras" están perfectamente justificadas, el problema presentado es de procedimientos. Una orden del congreso lo haría legal. Las implicaciones morales del escándalo han sido cuidadosamente evitadas hasta ahora.

R. C.